HOJA INFORMATIVA SOBRE LA VIDA Y FAMA DE SANTIDAD DEL SIERVO DE DIOS

ISIDORO ZORZANO

DEL OPUS DEI, INGENIERO INDUSTRIAL

NÚM. 2 **MADRID, FEBRERO 1949**

Isidoro Zorzano vivió en medio del mundo y se santificó en el mundo. En su vida apenas si hay hechos extraordinarios; lo extraordinario consistió precisamente en buscar con heroísmo la perfección en el trabajo ordinario y en los detalles corrientes de cada día.

En esta HOJA, que se publica periódicamente, se irán dando a conocer diversos aspectos de la vida del Siervo de Dios y algunos de los favores obtenidos por su intercesión.

El 13 de septiembre de 1902 nace, en Buenos Aires, Isidoro Zorzano.

Durante los años 1920 a 1927 estudia en la Escuela Especial de Ingenieros Industriales de Madrid.

El 24 de agosto de 1930 ingresa en el Opus Dei, que entonces estaba en sus comienzos y que más tarde, al recibir el *Decretum Laudis* de la Santa Sede, había de ser el primer Instituto Secular de la Iglesia.

De 1928 a 1936 ejerce en Málaga su carrera de Ingeniero, en la Compañía de los Ferrocarriles Andaluces.

De 1936 a 1939 vive en Madrid, de cara a la persecución, ejercitando con los suyos y con todos su caridad heroica y el recio apostolado de su ejemplo y de su alegría, en medio de todas las privaciones y dificultades.

Hasta el 15 de julio de 1943 prestó sus servicios en la R. E. N. F. E.

En esta última fecha muere Isidoro, después de una larga y durísima enfermedad, que fué la última etapa de su camino de santificación.

El 11 de octubre de 1948 comienza en Madrid el proceso de beatificación del Siervo de Dios Isidoro Zorzano Ledesma.

LOS ESCRITOS DEL SIERVO DE DIOS

Al comenzar el Proceso de Beatificación de Isidoro, y con fecha de 11 de octubre de 1948, el excelentísimo y reverendísimo señor Patriarca-Obispo de Madrid-Alcalá publicó un Edicto ordenando la búsqueda y recogida de cuantos escritos sean o se atribuyan al Siervo de Dios, con el fin de que, reunidos, se envíen a la Santa Sede.

De dicho Edicto copiamos los siguientes párrafos:

"DISPONEMOS: 1.° Que todos los fieles que posean algún escrito, impreso o inédito, de dicho Siervo de Dios, verbigracia, cartas particulares, tarjetas manuscritas por el mismo Siervo de Dios, diarios, autobiografías y cualesquiera otros escritos redactados de su propia mano, o mandados redactar a otros por el mismo, los entreguen cuanto antes al Tribunal nombrado o al Promotor de la Fe, o, por lo menos, los exhiban ante los mismos para sacar copia auténtica de ellos.

2.° Que los que tengan noticias de algún escrito del aludido Siervo de Dios no entregado o exhibido al Tribunal de referencia, bien se halle en poder de personas particulares o bien en bibliotecas o archivos públicos, den pronta cuenta de palabra o por carta al Tribunal instructor, indicando las circunstancias necesarias para poder reclamarlo en debida forma."

LA ENFERMEDAD DE ISIDORO

Fué poco después de la guerra española cuando se pudieron apreciar en Isidoro los primeros síntomas de su enfermedad: un dolor que él decía de ciática y que no le dejaba dormir ni descansar. Era el preludio de lo que había de ser agonía de meses. Fuertes dolores le atenazaban y le impedían conciliar el sueño; tan sólo a la madrugada, ya rendido, caía en una especie de sopor. Pero ello no era obstáculo para que Isidoro se levantase puntualmente a la hora de costumbre y llevase alegremente su vida normal de intenso trabajo.

Se pusieron, desde el primer síntoma, todos los recursos de la ciencia humana y de la caridad más delicada. Pero los médicos no lograron dar su diagnóstico hasta que, con el progreso, la dolencia se hizo más patente. Se trataba de una linfogranulomatosis maligna, de localización torácica.

Consiste esta enfermedad en una inflación crónica de los ganglios, que lleva consigo escalofríos, fiebre alta, gran agotamiento y pérdida de fuerzas, inapetencia progresiva, desnutrición paulatina, anemia muy pronunciada en las últimas fases y, sobre todo, una fatiga o disnea cada vez más intensa, aun para hablar. Las radiografías que se hicieron al Siervo de Dios demostraron que las masas ganglionares habían comprimido los bronquios principales, aplastándolos sin dejar pasar el aire por ellos y reduciendo el campo pulmonar útil a la cuarta parte de lo normal. De aquí la gran fatiga que el menor movimiento le ocasionaba y que, agravada con angustiosas sensaciones de ahogo, se acentuaba de día en día.

Desde este momento, Isidoro se sometió a todas las prescripciones de los médicos y a las indicaciones de sus superio-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

res con la misma sencillez con que antes había hecho compatibles sus dolencias y su trabajo ordinario. "Obedece al médico—le había dicho el Fundador—como a mí mismo." E Isidoro supo obedecer alegremente, aun cuando sabía que su mal era incurable y que había empezado una larga, inevitable y cruel agonía.

Y en estas pruebas, a las que el Señor le quiso someter y en las que no le regateó molestia alguna, Isidoro no rehusó jamás ofrecer a Dios la alegría y el vencimiento heroico de cada momento. Apenas podía hablar, respiraba con extraordinaria dificultad, se consumía lentamente; pasaba las noches sin dormir, y cuando lograba conciliar el sueño, era un sueño intranquilo: en un continuo desasosiego, cambiando de posición para poder respirar, interrumpido por frecuentes golpes de tos y ahogos. La comida fué uno de sus mayores sufrimientos: una gran repugnancia ante los alimentos, unida a su enorme fatiga, pesadez y lentitud en las digestiones, hacían que cada cucharada fuese para él un heroico acto de vencimiento sobrehumano. Pero Isidoro sabía que es propio del espíritu del Opus Dei vivir siempre alegre, con esa alegría que nace de la entrega perfecta al Señor. Y por ello se le encontraba siempre igual, sonriente, contento, siempre amable con todos, con una alegría y una paz imperturbable. Como una lamparilla que ardiese en honor del Señor, *vivía muriéndose*, lleno de júbilo por la Vida que esperaba.

Cuantos le visitaron durante su estancia en distintos sanatorios, salían con espanto por la intensidad de sus dolores; pero también llenos de admiración y de gozo por el ejemplo de su maravillosa entereza. "Hace mucho tiempo que sabe que se muere—decía uno de los médicos—, y, sin embargo, está tan tranquilo. Cuando se le dice que está mejor, lo agradece con una sonrisa que envuelve un fondo de amable ironía." Otro médico, familiarizado por su profesión con el dolor, afirma que su diaria visita al Siervo de Dios "equivalía a una meditación"; relataba después a otros pacientes los hechos que más le impresionaban de la fortaleza de Isidoro ante el dolor, de su paciencia y su alegría: "Todos me preguntaban por Isidoro sin conocerle, e igualmente Isidoro me preguntaba por ellos. Algunos fueron impresionados de tal manera por la figura del Siervo de Dios y su reacción ante el sufrimiento, que dieron entonces el primer paso para salir de su tibieza religiosa."

Su estancia en los sanatorios fué la de un ser excepcional, "por su bondad y su dulzura"; él mismo, en ocasiones, animaba a los que se afectaban mucho al visitarle. Se palpaba a su alrededor un ambiente sobrenatural, que era debido a su Amor y a su continua presencia de Dios. Su rostro, iluminado por una suave sonrisa, nunca mostró queja ni impaciencia. Y así uno y otro día durante meses y meses; sin embargo, para Isidoro, la monotonía no existe. Cada instante es un instante nuevo para ofrecerlo al Señor. ¡Cómo había de mostrar la menor huella de impaciencia por lo prolongado de sus sufrimientos!

"Sólo por alcanzar esta paz en la última hora, bien se puede hacer lo poco que por el Señor hacemos", decía lleno de humildad. Y con esta inmensa paz iba muriendo "en una buena cama, pero de mal de Amor".

Espontáneamente ha surgido en San Sebastián la idea de enviar listas de enfermos que "desean ser visitados por la Hoja de Isidoro". Muchos otros enfermos han seguido este ejemplo y nos envían sus direcciones para recibir la Hoja; así, continúa Isidoro realizando aquel apostolado del sufrimiento que comenzó en vida.

GRACIAS OBTENIDAS POR SU INTERCESION

Numerosas gracias, muchas de las cuales revisten carácter verdaderamente extraordinario, se han obtenido, a partir de la muerte del Siervo de Dios, por su intercesión. En diversas ocasiones y circunstancias, gran número de personas se han encomendado con fe a Isidoro, pidiéndole ayuda para la solución de problemas espirituales y materiales de todo género.

Cuantos han invocado su nombre en sufrimientos y enfermedades, contradicciones y problemas, han encontrado fortaleza para su ánimo y, en gran número de casos, el logro de sus peticiones.

La confianza en la eficacia de esta intercesión ha ido en aumento entre personas de todas las clases sociales y se ha extendido por diversas naciones.

A continuación damos noticia de algunos de los numerosos favores cuya obtención había sido encomendada al Siervo de Dios.

CURACIONES

↔ I. U., enfermo de tuberculosis pulmonar, al recibir una reliquia del Siervo de Dios, escribía: "Tengo la seguridad certera de que me curaré por su intercesión. Pronto, Dios mediante, te lo comunicaré, y éste será uno de los muchos favores por los que Isidoro llegará a los altares." A pesar de que acababa de sufrir una hemoptisis y de que ambos pulmones estaban afectados, antes de un mes el médico le autorizó a hacer vida prácticamente normal.

↔ M. V., de Oporto (Portugal), contrajo una grave fiebre tifoidea. Quiso tener en su poder—y lo logró—un Crucifijo que había sido del Siervo de Dios, como medio eficaz para pedir al Señor la salud por la intercesión de Isidoro. Al poco tiempo, y a pesar de la opinión y el pronóstico de los médicos, M. V. curó totalmente.

↔ A consecuencia de una caída en el aeropuerto de Roma, A. S. se produjo un profundo corte en la rodilla, que le llegó a interesar la cavidad articular. Trasladado a Roma, le asistió el cirujano profesor Toscatti; según su parecer y el de otros médicos, era muy difícil evitar la cojera, dada la importancia de la herida. A. S. pidió su curación completa al Siervo de Dios y, a los siete días, el corte había cicatrizado totalmente, sin que dejase tras sí el menor entorpecimiento o dificultad para andar.

↔ La madre del notario X. X. se encontraba enferma de una grave afección hepática; su estado llegó a ser extraordinariamente grave y alarmante y los médicos decidieron operar si al cabo de dos días el peligro no había cedido. X. X. encomendó el caso al Siervo de Dios, y la gravedad desapareció tan pronto que no fué necesaria la arriesgada operación.

↔ C. R., de Madrid, fué a visitar un día a X. X., que llevaba varias semanas en cama con una afección de hígado. Confiado en Isidoro, le dijo a la enferma: "No te preocupes, voy a pedir que el domingo que viene estés buena." Lo pidió y antes del domingo se levantó X. X., que a los pocos días hacía vida normal.

↔ C. M., de Valencia, recibió una llamada telefónica de su amigo M. de S., comunicándole que estaba muy preocupado pues tenía a su hija mayor, niña de unos nueve años, con fiebre muy alta y fuertes dolores. Los médicos no habían podido diagnosticar, pero temían se tratase de neumonía. C. M. le llevó una estampa de Isidoro y le aconsejó que le pidiese la curación de la niña, encomendándose con mucha fe al Siervo de Dios. A las dos horas de haber colocado la estampa debajo de la almohada de la enferma y de haber rezado por primera vez la oración que en la estampa va escrita, la fiebre comenzó a remitir y la niña se restableció por completo muy en breve.

GRACIAS ESPIRITUALES

↔ El industrial A. R., de Madrid, visitó a un obrero suyo gravemente enfermo con el propósito de convencerle para que se confesase. No era fácil conseguirlo, pues se trataba de un hombre apartado por entero de las prácticas

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

religiosas. A. R. pidió ayuda con gran fe al Siervo de Dios, encomendándole que tomara bajo su protección al enfermo; cuando volvió a visitarle, al cabo de tres días, recibió la alegría de saber que ya se había confesado.

AYUDA EN ASUNTOS DIFICILES

↔ A. N. encomendó al Siervo de Dios la solución de un difícil asunto, y a los dos días enviaba desde Tenerife un telegrama, entusiasmado por la ayuda recibida: "Isidoro está actuando forma magnífica. Abrazos."

↔ Recibimos la siguiente nota; "La señora M. G. gestionó durante diez meses un asunto de vital importancia sin obtener ningún resultado definitivo. Después de encomendarse al Siervo de Dios Isidoro Zorzano, en cinco días se resolvió la cuestión en forma completamente satisfactoria. Agradecida, envía 500 pesetas para la causa de beatificación."

↔ X. X., de La Habana, abandonó el domicilio familiar después de haber ocasionado un grave disgusto a su madre. Al día siguiente ésta y todos los hermanos empezaron una novena, pidiendo, por intercesión del Siervo de Dios, el regreso y arrepentimiento de X. X., que creían muy difícil. A las cinco de la madrugada del segundo día se presentó aquél totalmente cambiado y pidiendo perdón por su anterior actitud.

↔ Ch. y N. E., en Cambridge, Mass., Estados Unidos, esperaban un hijo a fines de diciembre, contando para los gastos del nacimiento con un seguro de maternidad llamado la Cruz Azul; esta organización anunció que después del 1 de diciembre ya no pagaría los beneficios de maternidad. Ch. y N. E. pidieron confiadamente a Isidoro ayuda económica, sugiriendo que si nacía su hijo antes del 1 de diciembre, todavía podrían recibir el auxilio esperado. Al poco tiempo, e inesperadamente, la Cruz Azul anunció que ampliaba los beneficios de maternidad hasta el 1 de febrero.

BUENA MUERTE

↔ La señora D. de L., madre de un industrial de Córdoba, aquejada de un cáncer de estómago, conservó junto a sí durante los últimos meses de su vida un trozo del sudario del Siervo de Dios, a quien se encomendaba con frecuencia. Soportó con gran visión sobrenatural los enormes dolores propios de su enfermedad y, en los últimos momentos, cuando ya no podía hablar, movía los labios para rezar el Rosario; y según testimonio de su director espiritual, murió como una santa. Sus hijos atribuyen a la intercesión de Isidoro la gracia de haber obtenido tal fortaleza extraordinaria hasta la hora de la muerte.

DIFICULTADES ECONOMICAS

↔ El estudiante de Dublín C. P. se hallaba en situación económica muy apurada, pues se le había negado la subvención anual que venía percibiendo, sin que los ingresos que le proporcionaban las clases particulares bastasen a cubrir sus necesidades. Encomendó intensamente y con gran fe el asunto a Isidoro, y muy pronto logró lo que antes parecía imposible, pues le fué otorgada la subvención completa que recibía en años anteriores.

↔ A J. C., cajero de una entidad de Madrid, le faltaron 1.120 pesetas al hacer un arqueo. Durante una semana las estuvo buscando inútilmente. Entonces lo encomendó a Isidoro, recordándole que también él, en sus trabajos de administración, pudo encontrarse alguna vez en estos apuros. Terminó su oración convencido de que le saldrían bien las cuentas y, al repasarlas, encontró una factura, no contabilizada, por el importe exacto de lo que le faltaba.

↔ El padre F., de la Compañía de Jesús, desde Massachusetts (Estados Unidos) escribe que, conociendo la fama de virtudes y santidad heroica del Siervo de Dios, encomendó a su intercesión un *favor material extraordinario*, por el que había estado pidiendo, sin éxito, durante todo un año; ofreció hacer cuanto le fuera posible por su causa de beatificación, si aquel favor le era concedido. A la mañana siguiente, dos horas después de celebrar la Santa Misa, había obtenido el favor solicitado.

El padre F. se halla absolutamente convencido de que lo logró gracias a la santa intervención de Isidoro.

LIMOSNAS

Agradecemos las limosnas que para los gastos del proceso de beatificación nos han enviado: E. S., de La Coruña, 200 pesetas; L. E., de Madrid, 25; C. C., de Madrid, 100; S. S., de Méjico, 100; B. P., de Valencia, 50; J. V., de Madrid, 5; E. M., de Bilbao, 500; A., de Madrid, 100; M., de Madrid, 50; P. I., de Buenos Aires, 1.000; F. B., de Madrid, 50; J. P., de Madrid, 25; X. X., de Madrid, 5; F. M., de Madrid, 85; C. G., de Madrid, 25; S. A. V., de Madrid, 4.000; P. F., de Madrid, 15; R. A., de Pamplona, 500; A. A., de Madrid, 25; X. X., de Madrid, 5; R. M., de Madrid, 1.000; G. M., de Madrid, 50; X. X., de Granada, 250; T. B., de Barcelona, 100; X. X., de Madrid, 75; C. B., de Madrid, 5; X. X., de Valencia, 50.

Quienes quieran contribuir con sus limosnas a la edición de esta HOJA o a los gastos del Proceso, pueden dirigirse al Rvdo. Vicepostulador de la Causa, Diego de León, 14, Madrid.

Los donativos pueden también enviarse por Giro postal a la dirección arriba indicada, o bien ingresarse en cualquier Banco para su abono en la cuenta corriente abierta en la Central del Banco de Vizcaya, en Madrid, con el título "Causa de Beatificación del Siervo de Dios Isidoro Zorzano Ledesma, del Opus Dei, Ingeniero de la RENFE".

Las personas que deseen extender la devoción privada a Isidoro, pueden también enviar limosnas para imprimir más estampas o enviar sus señas para que se le remitan:

40	estampas	. . . . .	10 ptas.
100	—	. . . . .	25 —
400	—	. . . . .	100 —
1.000	—	. . . . .	250 —

Se ruega a quienes obtengan gracias mediante la invocación a Isidoro, envíen una nota a la siguiente dirección:

Rvdo. Sr. Vicepostulador de la Causa de Beatificación del Siervo de Dios Isidoro Zorzano.
Diego de León, 14.
MADRID

Estas notas deben ser muy detalladas, de ordinario incluso con nombres, apellidos y dirección, aun cuando al publicar la noticia correspondiente en esta HOJA se guardará el incógnito, si así lo desean.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ORACIÓN PARA LA DEVOCIÓN PRIVADA

Oh Dios, que llenaste a tu Siervo Isidoro de tantos tesoros de gracia en el ejercicio de sus deberes profesionales, en medio del mundo: haz que yo sepa también santificar mi trabajo ordinario y ser apóstol de mis amigos y compañeros: dígnate glorificar a tu siervo y concédeme por su intercesión el favor que te pido. *(Pídase.)* **Así sea.**

Pater, Ave María, Gloria.

De conformidad con los decretos del Papa Urbano VIII, declaramos que esta oración no tiene finalidad alguna de culto público y que, en la interpretación de los favores y de la santidad del Siervo de Dios, en nada se pretende prevenir el juicio de la Santa Iglesia.

UNA ANECDOTA

Isidoro muere en la habitación de una clínica de Madrid. Se acerca cada vez más al final de su vida y, al mismo tiempo, a la cumbre de su santidad personal. Todo hace creer que han llegado su últimos momentos; hoy terminará la larga agonía; el ataque de asfixia que ha sufrido en la noche pasada se prolonga más que de ordinario; el estado del enfermo acusa, a ojos vistas, un aumento de gravedad.

A media mañana se alivia la fatiga y la respiración empieza a normalizarse. Uno de los socios del Opus Dei que le acompañan se acerca a Isidoro y le dice sencillamente:

—Oye, Isidoro, ¿quieres que te traigan la Extremaunción?

—Sí, sí; precisamente te iba a decir eso.

Han salido en busca de lo últimos auxilios espirituales. El enfermo está más tranquilo, más contento que antes; como si no estuviera a punto de morir, con algún gesto y alguna palabra pronunciada con dificultad, interviene incluso en la conversación que sostienen sus visitantes.

No tarda en llegar el Padre, acompañado del Secretario general. Viene a administrarle el Sacramento. Han entrado también en la habitación el médico de cabecera y su esposa. Ocho personas van a ser testigos de la conmovedora ceremonia.

El Fundador de la Obra habla un momento con su hijo, cuyo rostro refleja la paz y la alegría de su alma. Los que están presentes, contemplan la escena asombrados: con la misma normalidad de quien se acerca todas las mañanas a comulgar, con la misma sonrisa y la misma paz en él habituales, así recibe aquel moribundo la última unción de la Iglesia. Es difícil darse cuenta de que aquella sencilla ceremonia es la misma que en otros casos se rodea de llantos y de actitudes desesperadas.

Al terminar, se reanuda la charla interrumpida. Alguien comenta:

—Viernes de Dolores. ¡Qué buen día para morir, verdad?

Isidoro asiente, entusiasmado; pero teme ponerse demasiado trascendental y bromea, dirigiéndose a uno de los que están junto a su cama, que en aquellos meses termina su preparación para el sacerdocio:

—Ya ves: tú tanto estudiar, y a mí me han ungido antes...

La alegría del moribundo es contagiosa; se contagia con esa eficacia pegadiza del heroísmo verdadero, y aunque se habla en voz baja, como junto a un enfermo, nadie diría que aquélla es la habitación de un hombre joven, de carrera brillante, que está a punto de morir.

Isidoro apenas puede hablar, y contempla a todos con ojos muy abiertos y muy fijos. Entonces se da cuenta de que uno de los que están con él tiene muy mojada la gabardina que lleva puesta: acaba de llegar de la calle, la emoción de aquellos momentos le ha hecho olvidarse de todas las formalidades, y ha entrado directamente en la habitación del enfermo, sin detenerse en el guardarropa.

Isidoro le mira un momento como preocupado e, interrumpiendo la charla de todos, le dice, inquieto:

—Pero, hombre, ¡que tienes la gabardina chorreando! Quítatela en seguida. ¿No ves que puedes ponerte enfermo?

ROGAMOS A LOS LECTORES DE ESTA HOJA INFORMATIVA QUE NOS ENVIEN RELACIONES CON NOMBRES Y SEÑAS DE LAS PERSONAS A QUIENES PUEDA INTERESAR RECIBIRLA

ESTA HOJA SE PUBLICA CON CENSURA ECLESIÁSTICA

Sr. D. .....

.....

.....

.....

Remite: Rvdo. Vicepostulador de la Causa de Beatificación de Isidoro. – Diego de León, 14. Madrid

BLASS, S. A.-MADRID

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei